San Benito Abad

Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

SAN BENITO DE NURSIA
Vida y milagros

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

San Benito de Nursia

San Benito de Nursia, Patriarca de los Monjes de Occidente, Patrono de Europa y Fundador de la Orden Benedictina, es uno de los más grandes santos de la Iglesia.

Benito, cuyo nombre significa ''bendito'' o ''bendecido'', nació hacia los años 480 en la ciudad de Nursia, situada en el centro de Italia, y murió un 21 de marzo en Montecasino en el año 546 ó 547. Su fiesta se celebra en la actualidad el 11 de julio.

El Papa San Gregorio Magno escribió el titulado ''Libro de los Diálogos'' y en él presenta a San Benito como el ideal del monje perfecto, y nos dice que descendía de una noble y cristiana familia, y tanto él como su hermana Escolástica sobresalieron por su gran virtud y fueron, poco después de su muerte, proclamados Santos por el pueblo y por la Iglesia.

A los 17 años fue a terminar sus estudios en Roma; mas allí al ver el libertinaje y la inmoralidad de sus compañeros y que muchos sucumbían en el torbellino de las pasiones, tuvo miedo de rendirse en medio de tantas ocasiones de pecar y resolvió evitar su compañía.

El mundo le sonreía como rosa recién abierta, dice un autor; pero él, advertido por la gracia, dulce y tenazmente, renuncia a los estudios literarios, abandona el mundo y dando un adiós a las comodidades de la vida, huye a un lugar seguro.

Su espíritu reflexivo le llevó a considerar la vanidad de la vida mundana, y deseando sólo agradar a Dios, renunció a su alagüeño porvenir del mundo y se encaminó a la soledad para abrazar en ella la austera vida eremítica.

En esta breve Vida del Santo, prescindimos hablar de su obra, LA REGLA o código de leyes admirables que comprendían toda la doctrina del Evangelio. El que la practique va por camino seguro de santidad y perfección. En las siguientes páginas recordaremos algunos de sus milagros.

La criba rota y reparada

Benito, una vez dejados los estudios literarios y habiendo concebido el propósito de retirarse al desierto, se marchó acompañado únicamente por su nodriza que le amaba entrañablemente. Llegaron a un lugar llamado Effide (hoy Affile, a 8 kms. al sur de Subiaco), donde retenidos por la caridad de algunas personas honradas, se establecieron junto a la Iglesia de San Pedro.

La mencionada nodriza solicitó de las vecinas que le prestasen una criba para el trabajo, y habiéndola dejado incautamente sobre la mesa, se le rompió quedando hecha dos pedazos. La nodriza al verla rota empezó a llorar desconsolada; pero Benito, compadecido de su dolor, recogió los trozos de la criba rota, y postrado en tierra hizo fervorosísima oración derramando lágrimas de dolor. Al terminar la oración, volviendo los ojos sobre la criba, la encontró restaurada y perfecta, sin señal alguna de la fractura.

Lleno de contento y alegría, corrió a llevársela a la nodriza, la cual, estupefacta, no acababa de dar crédito a lo que veía.

El hecho fue conocido entre los habitantes del lugar que, mirándola como una reliquia, la colgaron a la entrada de la iglesia, para que presentes y venideros conocieran la santidad del joven Benito.

Pero él, no pudiendo soportar las alabanzas de los hombres, huyó sin que su nodriza ni nadie lo supiera, buscando un lugar desierto y solitario. En el camino se encontró con un monje llamado Román, que le preguntó dónde iba y al saber su propósito, le animó, le regaló el hábito de la vida monástica y le encaminó hacia el desierto llamado Subiaco, distante a unas cuarenta millas de Roma.

Benito se refugia en una estrecha cueva

El hombre de Dios, al llegar al lugar solitario de Subiaco, se refugió en una cueva estrechísima, donde permaneció por espacio de tres años ignorado de todos, fuera del monje Román que vivía no lejos de allí en un monasterio bajo la regla del abad Adeodato.

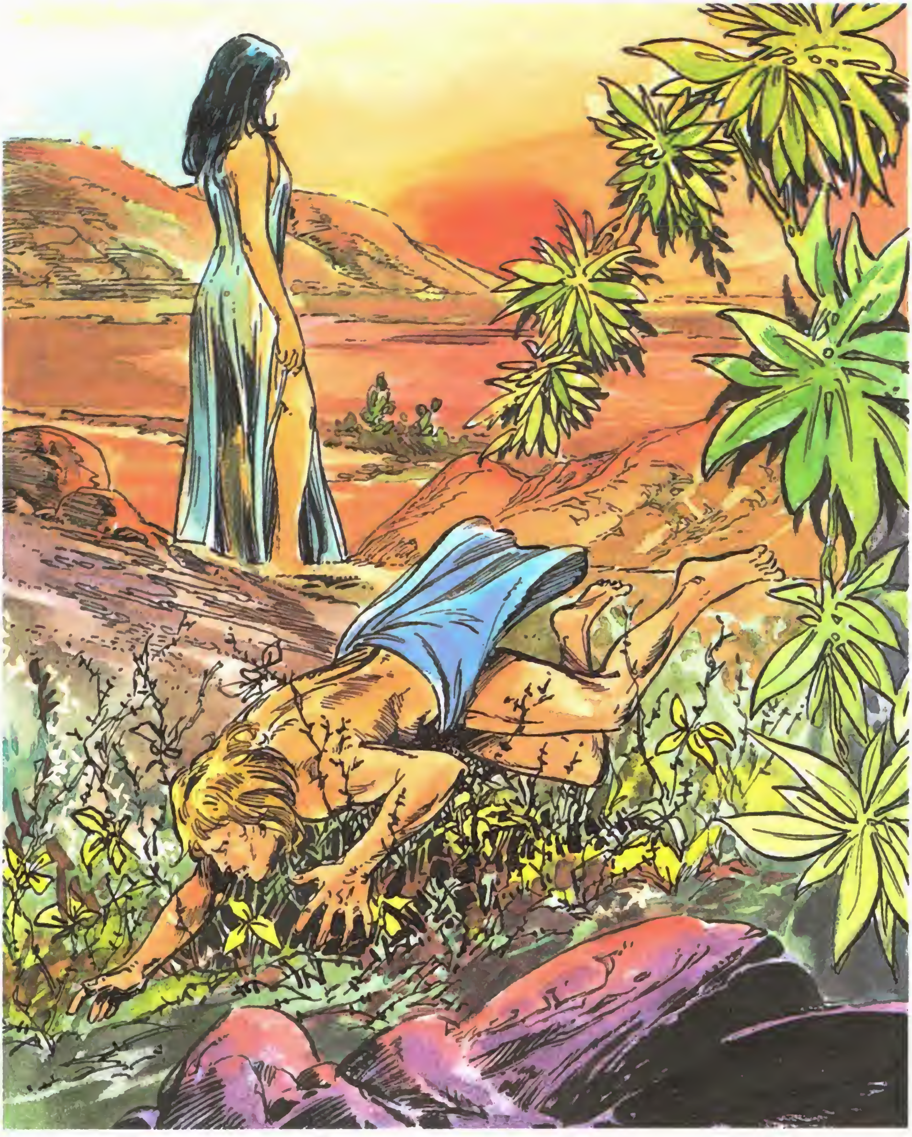
Guardó este monje en secreto el escondite de Benito, y recogiendo en su monasterio algún alimento, privándose él mismo de algunas cosas para poderlo compartir con Benito, se lo llevaba en determinados días.

Estaba la cueva de Benito bajo un gran peñasco, donde no se podía entrar sino con mucha dificultad, por lo cual, para llevarle la comida, el monje Román se la descolgaba en una cesta atada a una soga desde lo alto de la peña. Y para no tener que darle voces y poder enterar a los que por casualidad pudieran pasar cerca de allí, ataba a la cesta una campanilla, para hacerla sonar al bajar la comida.

Mas al cabo de los tres años, queriendo ya Dios omnipotente que Román descansara de su tarea, y al mismo tiempo se diera a conocer la vida de Benito como ejemplo para todos, dignóse el Señor aparecerse en una ocasión a un sacerdote que vivía lejos de allí y cuando había preparado su comida pascual, le dijo: "Tú te preparas cosas deliciosas, y mi siervo en tal lugar, está pasando hambre".

Se levantó el sacerdote e inmediatamente se fue con sus alimentos al lugar indicado y después de hallarlo escondido en la cueva, oraron juntos, y después dijo a Benito: "¡Vamos a comer! que hoy es Pascua". Así se valió el Señor para alimentar a Benito.

Después, acabada la comida, bendijeron a Dios y el sacerdote regresó a su iglesia emocionado y edificado del ejemplo de Benito.



Cómo venció una tentación de la carne

El demonio, envidioso de la gloria de Benito, un día trató en primer lugar de hacerle quebrantar su ayuno y abstinencia ofreciéndole carne sabrosa al alcance de la mano. Sucedió que un mirlo empezó a revolotear enderredor de él de tal manera que, para apresarlo, le hubiera bastado alargar la mano. Comprendiendo Benito que era cosa del diablo, hizo sobre el ave la señal de la cruz y al punto desapareció.

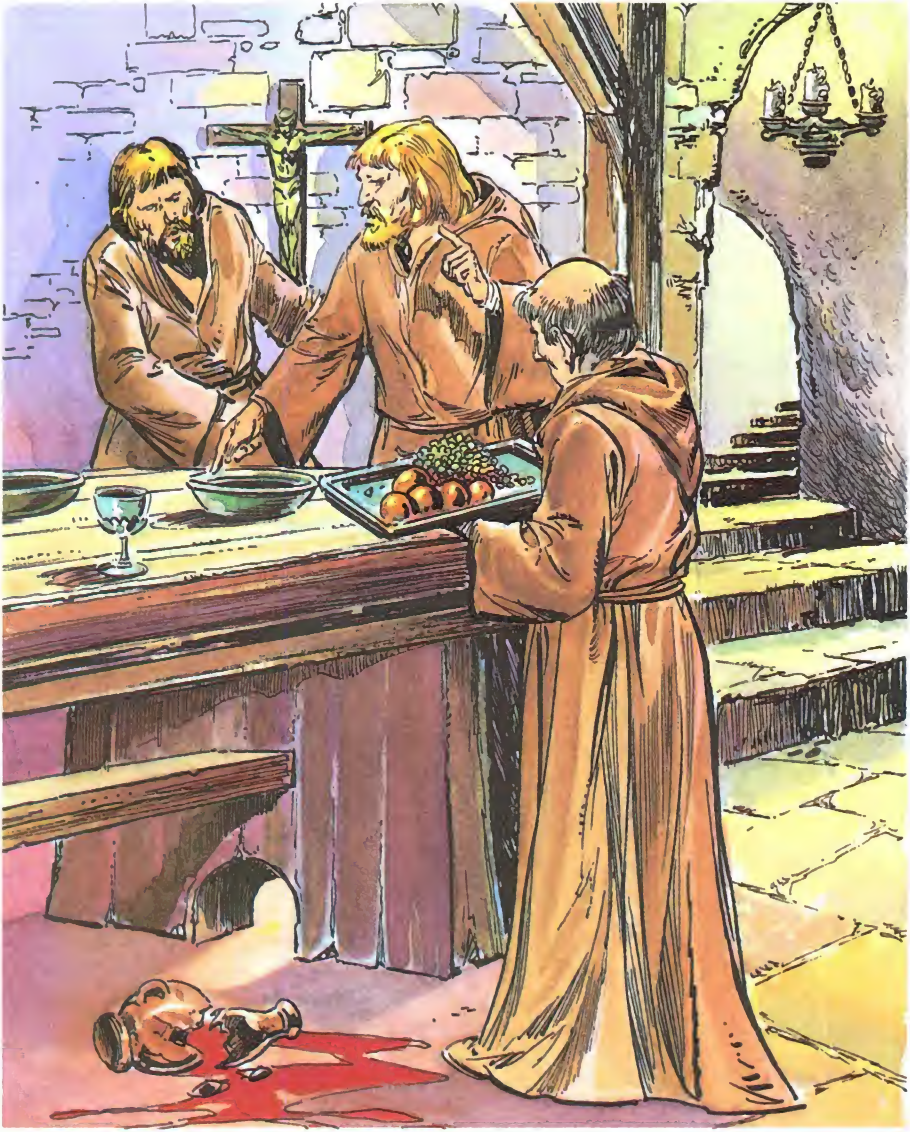
No pudiendo hacerle caer en la gula, le tentó en la lujuria, haciéndole ver ante él a una hermosa mujer desnuda que él había visto en otros tiempos. Fue tan grande el ardor de esta tentación y su hermosura le inflamó de tal manera su ánimo, que el joven Benito ya no podía más. Pero tocado súbitamente por la gracia divina, volvió en sí, y viendo que allí al lado había un punzante zarzal, se lanzó desnudo sobre las punzantes espinas y, revolcándose en ellas salió con todo el cuerpo herido.

De esta manera, por las heridas del cuerpo, curó la herida del alma, porque trocó el deleite en dolor, y el ardor que tan vivamente le incitaba al placer quedó totalmente extinguido dentro de sí.

Desde entonces, según él mismo solía contar a sus discípulos, la tentación voluptuosa quedó en él tan amortiguada que nunca volvió a sentir en sí mismo nada semejante.

Sabe más el diablo por viejo que por sabio, la experiencia le hace aprender y sabía que si tentaba a Benito en la lujuria, solamente conseguiría aumentar su gloria, saliendo Benito vencedor y con grandes méritos por los extraordinarios remedios que usaba para vencer la tentación.

La fama de su virtud se extendía por el contorno, y muchos, queriendo seguir sus consejos vinieron a buscarle y ponerse bajo su dirección, teniéndolo todos por maestro de virtudes.



Unos malos monjes quieren matarlo

No lejos de allí, había un monasterio cuyo abad había fallecido, y todos los monjes de su comunidad fueron en busca de Benito a suplicarle que aceptara el cargo de Abad.

El se negó rotundamente diciéndoles que no podía ajustarse a su estilo de vida, y que si hubiera de aceptar, tendrían que ser ellos los que tendrían que ajustarse a la vida de él.

Los monjes dijeron que sí y Benito aceptó el cargo imponiendo en el monasterio la observancia de la vida regular más observante, y no permitía en nadie nada de actos ilícitos ni salirse del camino de la perfección.

Pronto se cansaron de él algunos monjes, y como su vida no era como Benito quería, continuamente los reprendía, hasta que ellos hartos de él, deliberaron darle muerte.

Un día envenenaron una jarra de vino y, según era costumbre en el monasterio, se lo presentaron al abad que estaba a la mesa para que lo bendijera y bebiera primero. Benito levantó la mano y haciendo sobre la jarra la señal de la cruz, ésta se hizo pedazos en las manos de quienes se la presentaban sin que nadie la tocara.

Entonces el abad Benito, levantándose en pie delante de todos, con rostro sereno y ánimo tranquilo, les dijo: "¡Que Dios todopoderoso tenga piedad de vosotros!, hermanos, ¿Por qué quisisteis hacer esto conmigo? ¿Acaso no os había dicho desde el principio que mi estilo de vida era incompatible con el vuestro? ¿Pues por qué me hicisteis vuestro abad? Id y buscaos otro de acuerdo con vuestra forma caprichosa de vivir, porque en adelante no podréis contar conmigo".

Hace brotar agua de una roca

Entre los monasterios que había construidos en Subiaco, tres de ellos estaban situados entre las rocas de las montañas, teniendo los monjes que bajar por un camino muy resbaladizo hasta un lago que había al fondo del barranco, por toda el agua que necesitaban.

Cansados los monjes del trabajo que les suponía tener que subir el agua desde aquel lugar, fueron al abad y le dijeron: "Padre, ¿no sería mejor trasladar los monasterios a otro lugar donde esté más cerca el agua?". Benito los consoló paternalmente y les dijo que pensaría en ello.

Aquella misma noche subió a la montaña y oró allí un buen rato. Luego puso tres piedras, una encima de otra en aquel lugar y bajó a su monasterio.

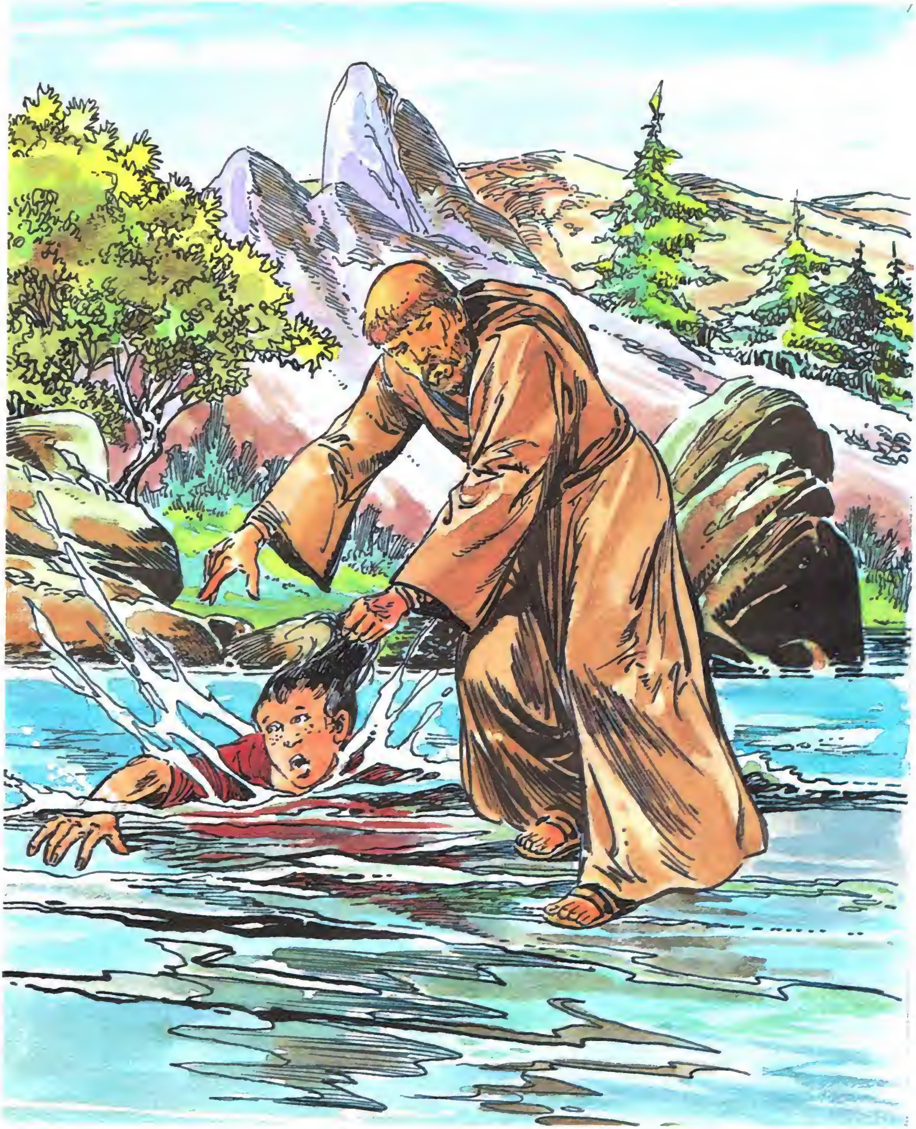
Al día siguiente volvieron a él los monjes por causa del agua. Benito les dijo: "Volved a vuestro monasterio y, allí cerca en tal lugar, señalado con tres piedras superpuestas, cavad un poco en la roca, porque poderoso es Dios para hacer brotar agua aún en la cima de la montaña".

Fueron, pues, al lugar y cuando llegaron encontraron ya a la roca goteando, y, cavando en ella un poco, empezó a manar agua en tanta abundancia que, aún hoy sigue manando caudalosamente y baja desde la cima hasta el pié de la montaña.

Vuelve al mango el acero del hacha

Un día Benito entregó un hacha a un monje y le encargó que limpiara de matorrales la orilla de un lago. El monje trabajaba con tal fuerza que, el acero del hacha se le salió del mango y se fue al fondo del lago.

Estando muy triste el monje por haber perdido la herramienta, va Benito y, pidiéndole el mango, le mete la punta en el agua y, el acero que estaba en el fondo subió a la superficie, y él solo se incrustó en el mango.



Un discípulo del Santo anduvo sobre las aguas

Tenía San Benito en su monasterio un niño llamado Plácido, monje del santo varón, al que un día envió al lago con una vasija por agua. Al ir a sacarla, resbaló y cayó al lago y en un momento las corrientes lo arrastraron a la distancia de un tiro de flecha.

El hombre de Dios que, estando en su celda, por revelación divina tuvo conocimiento del hecho, llamó rápidamente al monje Mauro y le dijo: "¡Hermano Mauro: corre, porque el niño ha caído al lago y lo está arrastrando la corriente!".

¡Cosa admirable y nunca vista desde el Apóstol Pedro! Corriendo el monje a toda prisa para cumplir la orden de su abad, sin darse cuenta, creyendo que estaba corriendo sobre la tierra firme, entró corriendo en el lago por encima del agua sin hundirse hasta donde estaba el niño y, agarrándole por los cabellos, lo sacó a la orilla sin mojarse.

Apenas tocó la tierra firme, vuelto en sí miró atrás y se dio cuenta que había andado sobre las aguas, lo que jamás pensó poder hacer, lo admiraba ahora estupefacto, creyendo era un milagro de Benito.

Vuelto al convento se lo dijo al abad, pero el venerable varón dijo que aquello no era obra de sus méritos sino de la obediencia de Mauro. Pero éste sostenía que el prodigio había sido únicamente efecto de su mandato y que él nada tenía que ver con aquel milagro, porque entró en el agua sin darse cuenta.

Estando en esta amistosa porfía de mutua humildad, intervino el niño que había sido salvado, diciendo: "Yo, al ser sacado del agua sólo veía sobre mi cabeza la melota del abad, y consideraba que era él quien me sacaba de las aguas".

La resurrección de un muerto

Cierto día, mientras el hombre de Dios había salido con sus monjes a las labores del campo, llegó al monasterio un campesino llevando en brazos el cuerpo de su hijo muerto, y cuando fuera de sí por el dolor de tamaña pérdida, preguntó por el abad Benito, y le contestaron que estaba en el campo con los monjes, dejó a las puertas del monasterio el cuerpo de su hijo difunto, y trastornado por el dolor, comenzó a correr en busca del venerable abad.

Sucedió que en aquel momento ya regresaba por el camino el abad con sus monjes, y viéndole venir de lejos, comenzó el campesino a gritar con grandes voces, diciendo: "¡Devuélveme a mi hijo! ¡Devuélveme a mi hijo!".

Al oír estas palabras, el hombre de Dios se detuvo y le dijo: "¿Es que te he quitado yo a tu hijo?

El campesino respondió: "Mi hijo ha muerto; ven y resucítale".

Al oír esto el siervo de Dios se entristeció sobremanera y le dijo: "Retiraos, hermanos, retiraos, que estas cosas no son para vosotros: son propias de los Santos Apóstoles. ¿Por qué queréis imponernos cargos que no podemos llevar?".

Pero el campesino, abrumado por el dolor, persistía en su demanda, jurando que no se había de ir de allí mientras no resucitase a su hijo.

Entonces el siervo de Dios preguntó: "¿Dónde está?". El campesino respondió: "Su cuerpo yace junto a la puerta del monasterio".

El santo abab, postrado en oración, dijo: "Señor, no mires mis pecados sino la fe de este hombre que pide se le resucite a su hijo, y devuelve a este cuerpecito el alma que le has quitado".

Acabada la oración, tomó al niño de la mano y, vivo y sano lo entregó a su padre.

Descubrimiento del engaño del rey Totila

En tiempo de los godos, su rey Totila oyó decir que el santo varón Benito, tenía, espíritu de profecía. Deseoso de conocerlo, se dirigió al monasterio, y deteniéndose a poca distancia, le anunció su visita. Contestó el abad a los embajadores que gustoso le recibiría.

Se lo comunican al rey, pero éste, pérfido como era, intentó tenderle una trampa para ver si verdaderamente tenía espíritu de profecía. Para ello ordenó a uno de sus escuderos llamado Rigo, que vistiendo sus propias ropas, incluido el calzado y la capa real con todas sus insignias, se presentara al hombre de Dios como si fuera el mismo en persona.

Mandó que le acompañasen varios de su escolta y comitiva, para que no solamente por las ropas, sino también por el acompañamiento y los honores que éstos debían hacerle, hiciesen creer al siervo de Dios que ciertamente era el mismo Totila.

Cuando Rigo se acercó al monasterio ostentando las vestiduras reales y rodeado de numeroso séquito, el hombre de Dios estaba sentado a la puerta.

Viéndole venir, y cuando ya estaba a la distancia para poderle oír, le gritó el santo abad, diciendo: "¡Quítate eso, hijo, quítate eso que llevas, que no es tuyo!".

Al instante Rigo cayó en tierra lleno de espanto por haber intentado burlarse de tan santo varón; y todos los que con él habían ido a ver al hombre de Dios, cayeron consternados en tierra. Al levantarse, no se atrevieron a acercársele, sino que regresaron donde estaba el rey y temblando le contaron la rapidez con que habían sido descubiertos.

Entonces el rey se fue donde el Santo, y postrándose en tierra le rogaba le perdonase. Benito le dijo: "Levántate", y como no se levantara, se levantó el Santo, y cogiéndole de la mano le levantó mientras le increpaba por sus desmanes.

El Señor regala a los monjes doscientos costales de harina

En una ocasión en que sobrevino en la región una gran hambre y carestía de alimentos, y todos estaban afligidos porque apenas tenían que comer, llegó a faltar el trigo en el monasterio de Benito y se habían consumido todos los panes, de suerte que a la hora de comer sólo quedaban cinco.

Viendo el santo abad que los monjes estaban tristes, trató primero de corregir con suave reprensión su pusilanimidad y luego los animó con esta promesa, diciendo: "¿Por qué os entristecéis por que no tenéis pan? Ciertamente hoy hay poco, pero mañana lo tendréis en abundancia".

Al día siguiente encontraron delante de las puertas del monasterio doscientos sacos de harina sin que hasta el día de hoy se hay podido saber de quien se valió Dios para llevarlos allí.

Viendo esto los monjes alabaron a Dios y aprendieron a no dudar que, quien da de comer a los pajaritos, tampoco abandonará a sus siervos aún en tiempo de escasez.

Descubre un pequeño robo

En otra ocasión, un devoto del siervo de Dios le envió por un muchacho dos pequeños barriles de vino. Tentado por el demonio, escondió uno en un lugar del camino y solamente entregó el otro al Santo Abad.

Pero el hombre de Dios, a quien no se ocultaban las cosas que se hacían a distancia, al recibir la vasija le dio las gracias y, cuando el muchacho se marchaba, le avisó diciendo: "Mira, hijo, no vayas a beber del vino que escondiste en el camino: inclínalo primero y mira lo que hay en él".

El criado salió muy confuso de la presencia del siervo de Dios, pero al llegar donde estaba la vasija quiso comprobar lo que le había dicho, viendo que dentro había una serpiente, con lo que concibió gran horror al pecado.

Un milagro de su hermana Escolástica

¿Quién habrá en este mundo más grande que San Pablo? Y sin embargo, rogó tres veces al Señor que le librara del aguijón de la carne (2 Cor.12, 8), y no lo consiguió. Por eso es preciso que te cuente como el venerable abad Benito deseó algo y no lo pudo obtener.

En efecto, tenía el Santo una hermana llamada Escolástica, consagrada a Dios todopoderoso desde su infancia la que acostumbraba a visitarle una vez al año. Para verla, el hombre de Dios descendía a una posesión del monasterio situada no muy lejos del mismo.

Un día vino como de costumbre y su venerable hermano bajó donde ella acompañado de algunos de sus discípulos. Pasaron todo el día ocupados en la alabanza divina y en santos coloquios, y siendo ya la hora muy abanzada, cuando él trataba de despedirse de ella, su hermana le rogó, diciendo: "Te suplico que no me dejes esta noche para que podamos hablar hasta mañana de los goces de la vida celestial". A lo que él respondió: "¡Qué dices, hermana! En modo alguno puedo permanecer fuera del monasterio".

Estaba entonces el cielo tan despejado que no se veía en él ni una sola nube. Pero la religiosa mujer, al oír la negativa de su hermano, juntó las manos y apoyándose sobre la mesa, oró a Dios todopoderoso. Al momento, levantando la cabeza, vio que era tanta la violencia de los relámpagos y truenos y la inundación de la lluvia que, ni el venerable Benito ni ninguno de los monjes que estaban con él se atrevieron a traspasar el umbral de la puerta donde estaban sentados.

En efecto: Fueron tan simultáneas la oración y la lluvia que, al terminar la oración y levantar la cabeza, se oyó el estallido del trueno, y en el mismo instante empezó a caer una lluvia torrencial.

Benito reprende a su hermana

Entonces, viendo el hombre de Dios que en medio de tantos relámpagos y truenos y aquella lluvia torrencial no le era posible regresar al monasterio, entristecido, empezó a quejarse, diciendo: "¡Que Dios todopoderoso te perdone, hermana! ¿Qué es lo que has hecho?". A lo que ella respondió: "Te lo supliqué y no quisiste escucharme; rogué a mi Señor y El me ha oído. Ahora, sal si puedes. Déjame y regresa a tu monasterio".

Viendo Benito y sus compañeros que era imposible salir de la estancia, hubo de quedarse por fuerza, ya que no había querido permanecer con ella de buena gana. Y así fue como pasaron toda la noche en vela, saciándose mutuamente con coloquios sobre la vida espiritual.

San Gregorio refiere cómo al día siguiente, regresaron cada cual a su monasterio.

Tres días después, estando San Benito en su monasterio con los ojos levantados al cielo, vio el alma de su hermana que, saliendo del cuerpo penetraba en lo más alto del cielo. Gozándose con ella de que tuviese tan gran gloria, dio gracias a Dios todopoderoso con himnos de alabanza y anunció su muerte a los monjes, a quienes envió a recoger su cuerpo para que se lo trajeran al monasterio y lo depositaran en el supulcro que tenía preparado para él mismo. De esta manera, ni la tumba pudo separar los cuerpos de aquéllos cuyas almas habían estado siempre unidas en el Señor.

Sabiendo el Santo que había llegado su hora de partir al cielo, manda que lo lleven a la iglesia, y allí orando, entregó su espíritu en las manos de Dios, pasando a reunirse para siempre en el Cielo con su hermana, el 21 de marzo del 547.

CON LICENCIA ECLESIASTICA ISBN 84-7770-002-8 Deposito legal M. 49.423-2000 Imprime Impresos y Revistas, S. A.

ISBN: 84-7770-002-8